

Los teopixques le habían abandonado al estallar la guerra, y al llegar los españoles estaba completamente desierto.

Tenia el atrio bastante capacidad, y su muralla, unida con las torres, formaba un buen punto de defensa para las tropas de Cortés.

Los españoles, agradecidos á la Providencia, que tan oportunamente les deparaba aquel asilo, construyeron despues en el mismo sitio una ermita, á la que dieron el nombre de Nuestra Señora de los Remedios.

No se atrevieron los enemigos á subir la cuesta, ni dieron indicio de intentar el asalto.

Pero se acercaron á tiro de piedra, y rodearon por todas partes la eminencia, haciendo algunos disparos, aunque sin éxito, porque sus flechas iban á embotarse en la muralla que resguardaba á los extranjeros.

Por fin, al declinar el dia, rindiendo culto á su costumbre, y tambien por hallarse fatigados, tomaron el camino que conducia á la ciudad.

Cortés descubrió desde los torreones que al alejarse se detenian como para deliberar acerca de lo que debian hacer, y al verles que se repartian por diferentes puntos, adivinó que intentaban algun nuevo asalto.

Dispuso Hernan Cortés su alojamiento con las precauciones que aconsejaban las circunstancias, mandó que se relevasen con mucha frecuencia las guardias y los centinelas, para que todos disfrutasen del descanso que tanto necesitaban, é inmediatamente mandó recoger las flechas que habia en los alrededores de la fortaleza para quemarlas, evitando que pudieran servirse de ellas los enemigos cuando abandonasen los españoles aquel punto.

Despues de descansar breves horas el ejército, llamó á sus capitanes para ponerse de acuerdo en lo que deberian hacer, y todos convinieron en proseguir la marcha.

Volvamos nuestros ojos á Litzajaya.

CAPITULO LXVIII.

Una mujer que espera y otra que teme.



A hemos dicho que en medio de la confusion de la batalla, y á favor de la claridad de un relámpago, reconoció Litzajaya á Velazquez de Leon, y lanzándose sobre él como una hiena, clavó un puñal en su pecho.

No bien cayó exánime el guerrero español, le cogió la india con sus hercúleos brazos, y con él á la espalda atravesó por entre los combatientes y llegó hata donde estaba el grueso del ejército de los mexicanos.

Al reconocer éstos á Velazquez le entregaron á los teopixques, y la india desde aquel momento peleó con denuedo al frente de sus hermanos.

Seria interminable describir el heroismo, la energía, el valor que desplegó Litzajaya en aquella lucha titánica.

Los mexicanos, entusiasmados al ver la serenidad con que que combatia, el afan con que acudia á los puestos de más peligro, empezaban á sentir hácia ella un respeto, una adoracion comparable á la que profesaban á sus dioses.

Durante la tregua que siguió al combate, aprovechándose la india de la influencia que ejercia en los mexicanos, queriendo explotar en favor de su causa la admiracion que habia despertado en ellos:

—He venido á reunirme con vosotros, porque sabia que peligra nuestra independencian, y ante este deber he olvidado lo

indigno de la conducta de los que han ayudado á arrebatarme el trono que me correspondia por la muerte de mi esposo, y he corrido á pelear con los extranjeros.

El cadáver que ha poco llevaba en mis brazos es la más elocuente protesta de las calumnias de que he sido objeto,

Si hubiera amado á ese español, no le hubiera dado muerte.

Un grito de aprobacion resonó en todos los que la escuchaban.

Litzajaya continuó:

En el tiempo que he vivido entre los españoles he aprendido á conocer sus costumbres, las artes de que se valen para triunfar en los combates; he aprendido tambien su idioma, y si vosotros me ayudais á recobrar el trono que me ha usurpado un ambicioso despreciable, si me acatais como soberana de Pánuco, yo al frente del ejército podré devolver á México la gloria, el esplendor, la magnificencia de otros dias, y ya no habrá que temer en lo sucesivo nuevas invasiones, porque con la organizacion que se dará al ejército podremos estar tranquilos respecto al porvenir.

Todos escuchaban con interes, con curiosidad á la valerosa india, y en su semblante se revelaba que se hallaban inclinados en su favor.

Algunos que recordaban que habia sido causa de la muerte de su esposo Naothael, no se mostraban tan propicios á secundar sus planes, y con su resistencia pasiva ahogaban el entusiasmo de los que sentian simpatías hácia ella.

Viendo Litzajaya que comenzaba á debilitarse el entusiasmo que habia producido su llegada, y conociendo que no tenia tiempo que perder, acudió á su imaginacion para que viniera en su ayuda, y les habló en estos términos:

—Yo hubiera podido, les dije, haciendo traicion á mi causa, disfrutar al lado de los españoles de las ventajas que me ofrecian; pero el recuerdo de mis hermanos me impulsaba á desoir

sus proposiciones á rechazarlas, y afrontando mil peligros he querido consagrarme exclusivamente á la defensa de mis hermanos.

Sé que hay alguno entre vosotros que duda de la sinceridad de mis palabras, que cree que solo la ambicion, el deseo de recobrar el trono, es el que ha guiado mis pasos: el miserable que tal suponga, que se atreva á revelarlo y le probaré lo que puede la indignacion en una mujer desgraciada, pero que si no retrocede ante ningun peligro, si todo lo arrostra por la independencia de su patria, celosa de su honor, de su buen nombre, no consiente que la calumnia se cebe en su honra, no permite que las almas mezquinas se atrevan á dudar de lo generoso de sus sentimientos.

Entre vosotros, repito, hay algunos cobardes incapaces de haber llevado á cabo las heróicas acciones que yo he realizado: que se presenten ante mi vista, que tengan el valor de decirme los viles pensamientos que les animen, y en presencia de los demas les arrancaré la lengua y azotaré con ella su rostro.

Litzajaya consiguió el objeto que se habia propuesto.

Como el número de sus entusiastas admiradores era superior al de los que recelaban de ella, enmudecieron los últimos, y al ver que los primeros ofrecian toda su proteccion á la india, los segundos hicieron coro con ellos, y todos se comprometieron solemnemente á apurar todos los medios para que terminada la lucha que venian sosteniendo con los extranjeros, recobrase Litzajaya el trono que habia ocupado su esposo.

Mientras estos sucesos tenian lugar, Guacalcinla y una de sus esclavas, en una de las habitaciones del palacio imperial, sufrían aun más si cabe que los autores de aquel terrible drama.

Guacalcinla estrechaba en sus brazos al hijo adorado de Guatimotzin, y en aquellos instantes le asaltaba el temor de si su esposo habia sucumbido en la lucha.

Su servidora se encontraba en una posición más violenta aún.

Su patria, sus hermanos queridos, el esposo de una hermana idolatrada, por un lado.

Por otro el recuerdo de Velazquez, que constituía su vida, su felicidad, su Dios.

Para ella el dilema era terrible.

Si los españoles triunfaban, la esclavitud del imperio sería firmada con la sangre de sus hermanos.

Si los españoles eran vencidos, Velazquez sería una de las primeras víctimas, y tendría que ocultar sus lágrimas, porque todos las considerarían como un crimen de lesa nación.

¡Oh! Sostenía una lucha interior que la despedazaba.

Unas veces se prosternaba ante una estampa de la Virgen que le había regalado Velazquez.

Otras invocaba á los dioses de sus padres, sin acertar á formular lo que deseaba.

Tan pronto estrechaba á Guacalcinla contra su agitado seno, como se desprendía de ella con espanto porque adivinaba que hacía votos por que perecieran todos los españoles, y veía en su imaginación moribundo á su amante.

Las lágrimas que derramaba Guacalcinla, porque temía que su hijo quedara huérfano, excitaban la ternura de su servidora, y exclamaba:

—No sufras, Guacalcinla. Sé tú feliz, porque eres esposa y madre, y las esposas y las madres son queridas de los dioses.

—¡Ah! En vano quiero desechar los tormentos que laceran mi alma, contestaba Guacalcinla. ¿Qué será de mí y de mi hijo si Guatimotzin deja de existir?

Abandonemos á su dolor á la pobre Guacalcinla, y veamos qué había sido de Botello y de Pedro, el hijo de Moctezuma, al separarse de los españoles.

CAPITULO LXIX.

Donde se ve a un astrólogo en un subterráneo.

BOTELLO, el astrólogo, que á pesar de sus años conservaba la agilidad y el vigor de la juventud, atravesó en poco tiempo un lindero que conducía al bosque vecino.

Se internó en él, y durante un cuarto de hora continuó vagando por la espesura.

Pedro le seguía silenciosamente.

Después de escuchar largo rato y de convencerse de que nada debían temer, encendió fuego Botello para buscar donde guarecerse.

Al cabo de un buen rato descubrió un agujero que daba entrada á una especie de cueva; se disponía á penetrar en ella, cuando recordó que podía muy bien ser la guarida de algún jaguar, y no le halagaba la idea de ser víctima de su ferocidad.

Para resolverse á adoptar una determinación, evocó á su ciencia; pero desgraciadamente la oscuridad de la noche no le permitía consultar á las estrellas.

Pero como soldado veterano acostumbrado á desafiar los peligros, le cautivaba más y más la idea de penetrar en aquella cueva.

No queriendo exponer á su protegido á las consecuencias de temeridad, le hizo subir á la copa de un árbol.

Botello, á quien su cualidad de astrólogo no le impedía ser muy gloton, llevaba siempre provisiones.

Dió parte de ellas á Pedro, y se propuso llevar á cabo la resolución que habia adoptado.

Preparó su ballesta, encendió una gran hoguera al lado de la caverna, y al reconocer la entrada de esta y ver que habia una especie de rambla que conducia al interior, creyó que lo mejor que podia hacer para convencerse de si estaba habitada era encender algunos troncos, rodarlos por la pendiente que formaba la entrada, y aguardar preparado la salida del que allí estuviese, porque el instinto de conservacion le obligaria á abandonar su guarida.

Ningun sér viviente acudió á aquel llamamiento tan poco galante, y el bueno de Botello, cuya mayor debilidad era un excesivo amor propio, se felicitaba por aquel rasgo de ingenio que tan buen resultado le habia dado.

Despidióse de su compañero, le ofreció volver en su busca cuando terminase su paseo de exploracion, y penetró en la cueva.

Los primeros pasos que dió le convencieron de que hacia mucho tiempo no habia penetrado allí alma viviente.

Millares de insectos de los que se encuentran en los lugares deshabitados y oscuros huían ante el resplandor de la tea que llevaba en su siniestra mano.

Continuó caminando sin encontrar los troncos de árbol que habia arrojado, y esto le indicó que aun le quedaba mucho espacio que recorrer.

Al fin, en un recodo que hacia cambiar la forma de aquella mansion, notó una especie de verja de hierro.

Estaba enmohecida: así es que sin gran trabajo pudo romperla.

A la violencia de los golpes y al desprenderse la reja de la masa que la sujetaba, se le apagó la tea.

Botello, à pesar de su valor, notó que le flaqueaban las piernas.

Repuesto del susto, encendió de nuevo la tea, y cuando se persuadió de que nada tenia que temer, exclamó con el buen humor que le caracterizaba:

—Estoy seguro de que si alguno me hubiera visto, creería que habia tenido miedo. ¡Miedo yo, que soy capaz de luchar con un jaguar y de partirlé la cabeza de un puñetazo!

Satisfecho de lo que acababa de decir, prosiguió su marcha, y se sorprendió al ver que una escalera de piedra se presentaba ante su vista.

Bajó unos cien escalones, y su sorpresa creció de punto al hallarse en una magnífica galería, en la que de trecho en trecho habia asientos de piedra.

—Nos sentaremos, dijo, porque á lo que se vé, se conoce que hay que recorrer gran distancia hasta llegar al fin, y el arquitecto ha dispuesto hábilmente estos objetos de descanso.

Y así diciendo, hizo un agujero en el suelo para clavar la tea, y se sentó tranquilamente.

Hemos dicho que era muy gloton, y el estómago empezó á reconvenirle por el descuido con que ya hacia rato le trataba.

—No te incomodes, hijo mio, añadió Botello, sacando un enorme torrezno. Nadie se opone á que te complazca, y me parece quedarás satisfecho.

Y al pronunciar estas palabras, engullia sus provisiones y las regalaba de cuando en cuando con sendos tragos de un vino rancio, que exhalaba un aroma capaz de resucitar á un muerto.

—Pues, señor, continuaba con esa alegría que se siente despues de comer, ó yo estoy soñando, ó me parece que por aquí voy àproximándome á una aventura de esas que hacen época en la vida de los hombres.

No hay quien me quite de la cabeza que esto debe poner en comunicacion á algun palacio, y tal vez esta galería habrá sido testigo de amorosos coloquios.

No, pues lo que es yo no he de quedarme con la duda. Recojamos los trebejos, y en marcha.

Y al terminar estas palabras continuó caminando, y al poco rato una bocanada de aire apagó de nuevo la tea.

—Vamos, el diablo quiere divertirse conmigo.

Siguió á tientas un momento, y se explicó entónces por qué se había apagado la luz.

Una puerta, medio derruida por la humedad daba entrada por sus resquicios al aire.

La sorpresa de Botello no tuvo límites al percibir por las rendijas que se hallaba próximo à un delicioso jardin.

Violentó la puerta, cedieron los goznes á su ímpetu, y á la luz del crepúsculo (ya empezaba à amanecer), reconoció aquel jardin, y vino en conocimiento de que era el que rodeaba el palacio imperial.

Ebrio de alegría por el descubrimiento que acababa de hacer, regresó en busca de su compañero.

El pobre niño recobró su alegría al verle; Botello le dijo que aguardase en el subterráneo su vuelta, porque iba á separarse de él algunos momentos; y para que pudiese reposar cómodamente, recogió hojas de árbol y algunas ramas, é improvisó un lecho suficiente para que Pedro, cediendo al cansancio, no tardase en quedar profundamente dormido.

Botello tapó la entrada de la cueva con una enorme piedra, la cubrió con ramaje, y en los árboles inmediatos hizo unas cortaduras, practicando la misma operacion hasta la salida del bosque, con objeto de que le fuera fácil y al regresar encontrar aquel asilo.

En seguida se dirigió á participar á Hernan Cortés el resultado de su exploracion, seguro de que por la importancia del descubrimiento que acababa de hacer le perdonaria la desercion de sus filas en el momento más reñido de la batalla.

Pero ¿cómo, dirán nuestros lectores, una cueva que tenia salida al jardin imperial era desconocida de los mexicanos? Y si

lo era, ¿cómo estababa tan abandonada y carecia su entrada de la seguridad conveniente para que en ningun tiempo fuera un peligro para los habitantes del palacio del emperador?

La tradicion, que aún se conserva en México, satisfará estas preguntas.